

90° DE LATITUD SUR

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustración de cubierta: Andrezzinho

Ilustraciones de interior: Pedro Villalba Ospina

© 2008, Ángela Posada-Swafford

© 2008, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8195-1

ISBN 10: 958-42-8195-X

Primera edición impresa en esta colección: agosto de 2019

Impreso por:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

90° DE LATITUD SUR

Ángela Posada-Swafford

ILUSTRACIONES DE **Pedro Villalba Ospina**

• COLECCIÓN •

JUNTOS EN LA AVENTURA



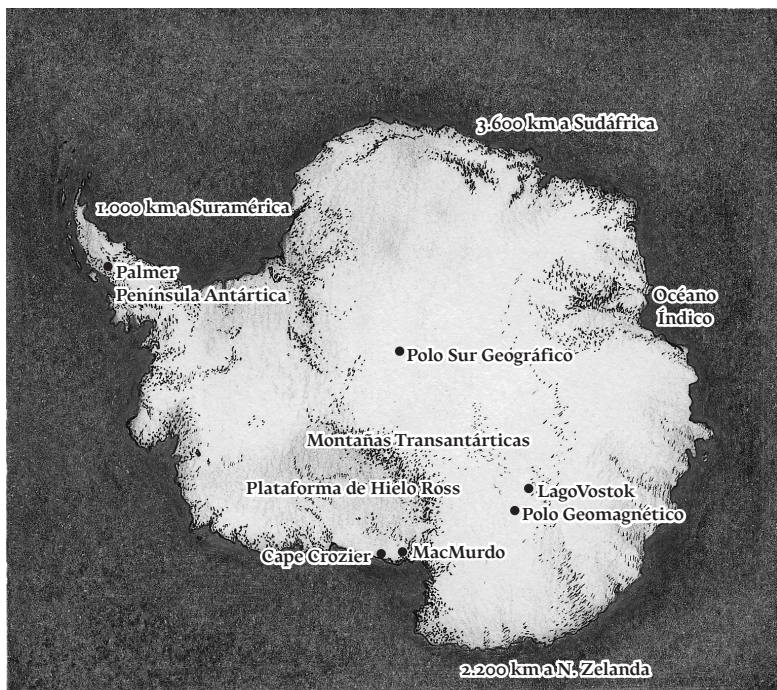


La **tía Abi**, sus sobrinos **Simón**, **Lucas** e **Isabel**, y su amiga **Juana**, viajan por todo el mundo, conociendo personajes fascinantes, explorando lugares hermosos, descubriendo complots y viviendo experiencias extraordinarias, siempre juntos en la aventura.

A EXPLORAR SIEMPRE



*A mi cercano amigo y escritor Juan Carlos Pérez-Duthie,
con quien he compartido toda clase de aventuras literarias y
mundanas, a las cuales logramos sobrevivir gracias
a su astucia y sentido del humor.*



EL PEOR VIAJE DEL MUNDO¹

La exploración polar es la forma más limpia y más aislada de pasarla mal que se haya inventado en el mundo. Es la única forma de aventura en la que uno se pone la misma ropa durante meses y, salvo por una capa de grasa natural del cuerpo, cuando se la quita está como nueva.

Hay quienes la comparan con las penurias y privaciones de Palestina o Mesopotamia. Sería interesante contrastar el grado de incomodidad de la Antártida con el resto del mundo. Pero no veo cómo. Yo simplemente no creo que nadie en la Tierra la pase tan mal como el pingüino emperador.

El emperador es un ave fantástica que no puede volar, y se alimenta de peces que atrapa en el mar. Todos los años debe salir del agua y marchar cientos de kilómetros para poner sus huevos en medio de la oscuridad, el frío y los vientos más crueles del invierno polar. Cada ave —macho y hembra a la par— posee un excesivo instinto maternal implantado en su corazón que lo impele a pasar meses enteros sin comer y le confiere el valor de aguantar lo inconcebible. Si la vida del pingüino Adelia en las colonias costeras antárticas es difícil, la del emperador es, sencillamente, horrible.

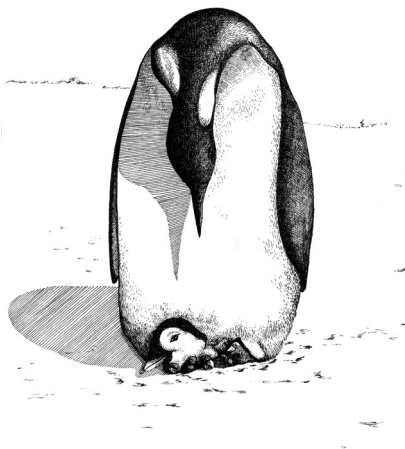
¹ Adaptado de *El peor viaje del mundo*, escogido por National Geographic como «uno de los 100 mejores libros de aventuras de todos los tiempos».

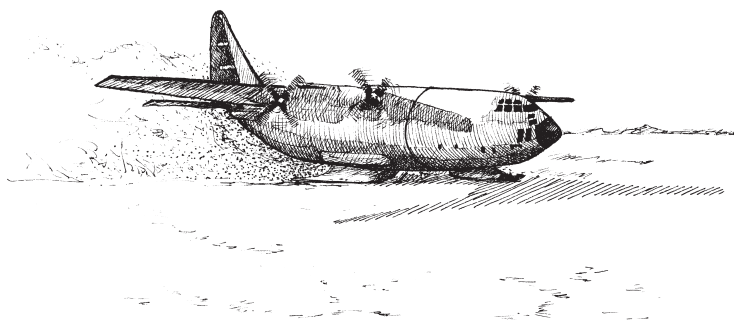
La posibilidad de que el emperador sea una forma primitiva de ave significa que estudiar sus embriones es de la mayor importancia. Pero sabíamos que llegar hasta su colonia a recoger huevos implicaría el riesgo de viajar en trineo en la ausencia total de luz. Para lograrlo, un grupo de por lo menos tres personas completamente equipado para acampar en condiciones adversas debería atravesar 400 kilómetros de barrera congelada y cruzar el caótico campo de grietas frente al cabo Crozier, un lugar que, además, es foco constante de las peores tormentas y ventiscas. Esos expedicionarios se enfrentarían a permanecer días enteros dentro de sus húmedos y tiesos sacos de dormir y habrían de tener en cuenta que las temperaturas posiblemente bajarían a -60°C .

Dos días después de una magnífica despedida que nos dieron nuestros compañeros de la Expedición Antártica Británica en el refugio del cabo Evans, tres hombres —por lo menos uno de los cuales iba algo asustado— estábamos parados en el hielo frente a dos trineos sobrecargados. Fue así como nos embarcamos en la más extraña expedición al sitio de anidamiento de un ave que se haya llevado a cabo jamás.

Apsley Cherry-Garrard, zoólogo y explorador antártico

Londres, 1922





90° DE LATITUD SUR

*Todos llevamos dentro
nuestro propio sur blanco.*

ERNEST SHACKLETON, *explorador antártico*

El rugido de los motores anunció la llegada inminente del Hércules proveniente de McMurdo. Zeta se apresuró a ponerse la chaqueta de lana sintética negra, el cortavientos impermeable, el cuello protector y, por último, la gruesa parka roja rellena con cuatro centímetros de plumas de ganso y capuchón envuelto en pelaje. «Ha tomado su tiempo acostumbrarme a la sensación de estar embutida entre todas estas capas de ropa», pensó mientras se recogía el cabello rubio en una trenza y subiendo la cremallera del chaquetón hasta arriba. No sólo porque esas capas hacían muy incómodo cualquier movimiento, sino porque todo eso pesaba una barbaridad sobre su menudo cuerpo. Finalmente se puso un grueso par de guantes de cuero amarillo encima de otro par de lana sintética, y salió de la estación calándose unas gafas de esquiar que le cubrían la mitad de la cara.

El lente le daba un tinte naranja al cielo despejado y a la zona de construcción a su alrededor, cuya estructura principal era el edificio de dos pisos del cual acababa de salir. La sofisticada Estación de Investigaciones Polares Amundsen-Scott, casi enteramente terminada, tenía forma de E y estaba suspendida a tres metros y medio del suelo por 36 gruesas columnas de acero. Era un edificio alargado con ventanas más bien pequeñas, cuyas paredes recubiertas de paneles azules oscuros estaban encargadas de no dejar pasar al interior algunas de las temperaturas más bajas registradas en el planeta: -83°C .

La estación se alzaba en medio de una monótona planicie de nieve que se extendía en todas direcciones con rigurosidad geométrica y sin ninguna interrupción. A su lado estaba el viejo domo geodésico que había albergado la estación antigua hasta el verano pasado. Era una hermosa estructura futurista plateada hecha de paneles hexagonales. Pero estaba casi totalmente cubierta por la nieve porque en el Polo la nieve que cae nunca se derrite. Como consecuencia, todo lo que uno pone sobre su superficie es eventualmente devorado por el hielo. De ahí la genialidad de los arquitectos de la nueva estación: al estar montada sobre zancos, la nieve pasaba por debajo de la estructura, sin llegar a cubrirla.

El Polo Sur geográfico, a 90° de latitud sur, es el sitio más remoto, frío, desolado y seco del mundo, en medio del continente más alto, ventoso y hostil de todos. Un desierto de hielo totalmente plano, sin una sola mon-

taña, ni un río, ni un valle, ni un montículo que les dé alivio a los ojos. Un lugar donde hay seis meses de luz y otros seis de noche perpetua. Donde hace tanto frío que el acero se parte en trozos como una galleta, y el corazón de la maquinaria deja de latir. En realidad, vivir y trabajar en este lugar es lo más parecido a hacerlo sobre la superficie de otro planeta.

—El Polo Sur es demasiado frío para un mamífero, demasiado desolado para una planta, demasiado alto para un pingüino y demasiado remoto para un ave de vuelo —le había dicho su jefe años atrás.

Estaban en Colorado, donde quedaban las oficinas de la gigantesca empresa encargada de construir y operar las bases polares que Estados Unidos mantenía en la Antártida. Mirando por la ventana hacia las montañas de Denver, a Zeta le parecía que le estaban hablando de otra galaxia. El puesto que le ofrecían era de asistente general en el domo, la estación de ese entonces.

—¿Aún quieres el trabajo? —dijo él, observándola con interés.

Zeta no lo dudó un instante. Toda su vida había buscado la manera de trabajar en la Antártida, el continente blanco. El sueño nació en primaria, el día en que su padre le regaló una tarjeta postal de un pingüino muy joven con las plumas aún sin mudar. El pequeñuelo estaba empapado, y a Zeta le parecía que tenía el aspecto de un mendigo despelucado y terriblemente infeliz. Todas las noches miraba su tarjeta postal pegada a la pared del baño, y mientras se cepillaba los dientes se

hacía creer a sí misma que podría llegar hasta el fondo del mundo.

Lo complicado había sido encontrar cómo. Su padre le había sugerido estudiar ingeniería, biología, astronomía o, quizás, geología, porque la razón de ser de las bases polares es la ciencia.

—La Antártida es un continente tan puro y aislado, que resulta el laboratorio ideal para estudiar la atmósfera, las estrellas y la estructura del Universo —le decía él.

Un sitio tan blanco que es perfecto para hallar los meteoritos que caen del cielo, y tan frío, que las criaturas que viven en sus mares han desarrollado los trucos más extraños para sobrevivir, incluyendo no tener sangre, sino una especie de sustancia anticongelante en las venas. Pero Zeta sabía que su cerebro no estaba conectado para ello.

En cambio, era una líder nata y le sobraba valor. Así que decidió enfocar su carrera entera hacia el manejo de campamentos en lugares complicados, dirigir expediciones y realizar rescates en varios escenarios al aire libre. Comenzó trabajando como guía de montaña en los parques nacionales de Alaska, donde había aprendido a abrir caminos en la nieve tanteando en busca de grietas. Se había convertido en una escaladora de tiempo completo, esquiaba como campeona olímpica y sus nudos eran los mejores entre todos los guardaparques. Después había complementado esas destrezas con estudios en psicología y administración. Todo, con el único objetivo de poder dirigir algún día una estación de investigaciones en la Antártida.

Y comenzar como asistente general en el mismísimo Polo Sur era más de lo que podía pedir. Dieciocho años después, Zeta se había convertido en una de las personas con mayor experiencia polar en el mundo. Ahora vivía el mayor desafío de su carrera: garantizar que la construcción de la estación del Polo Sur —que ya estaba habitada— y de los megatelescopios astronómicos a su lado se llevara a cabo sin contratiempos ni demoras. La tarea era complicadísima porque todos los materiales de construcción debían viajar 17.000 kilómetros desde California hasta la estación de McMurdo, en el borde del continente antártico, a bordo de un buque. Después debían cargarlos en un avión para transportarlos durante tres horas de vuelo hasta el Polo. Y ella pasaba todo el año elaborando listas de cosas que iban a necesitar para la temporada de construcción durante el verano austral, que va de noviembre a mediados de febrero. Porque una vez allí, no había manera de correr a una ferretería a buscar un tornillo. Y sin ese tornillo la construcción se podría varar, y entonces ella no sólo tendría que vérselas con sus jefes, sino con una manada de científicos y de obreros furiosos. Y... ¡ay donde llegaron a faltar mermelada de fresa, galletitas Oreo, servilletas de papel o las últimas películas de Tom Cruise para la videoteca! Por eso la llamaban la alcaldesa del Polo Sur. Estaba a cargo de una comunidad de 150 personas.

El Hércules LC-130 había perdido altura y el gemir de sus cuatro motores cambió de tono a uno más ronco. El aparato de carga era tan gordo y corto que no parecía

aerodinámico. Se recortaba contra el cielo intensamente azul, y Zeta podía ver claramente la gran cola roja, la redonda nariz y el perfil de sus esquís de nieve.

En la cabina del avión, que tenía una doble hilera de ventanas, Eric, el joven piloto rubio, estaba concentrado en el procedimiento de la aproximación.

—*Flaps*, 30; velocidad, 130 nudos; ILS, en NAV1 y NAV2. Desconecte piloto automático; orientación, 190 —dijo al copiloto, que parecía salido de la secundaria, y diestramente guió la nariz de la aeronave hacia la pista de hielo compactado.

—No es justo —volvió a decir Peter Blake, el ingeniero británico que había sido cortésmente invitado a sentarse en la cabina para ver el memorable aterrizaje, ya que esta era su primera visita al Polo Sur—. Nosotros dependemos de un buque de carga para construir nuestra estación Halley VI, que está junto al mar. Si tuviéramos uno de éstos hay que ver el tiempo que nos ahorraríamos.

Eric sonrió y acarició el timón con ternura. Estos Hércules del gobierno estadounidense que servían en las bases antárticas eran prácticamente los únicos del mundo con esquís capaces de aterrizar en las planicies polares. Y aunque eran antediluvianos, para no mencionar lo incómodos y fríos, todas las demás naciones polares se morían de la envidia.

Dentro del círculo de aviadores, Eric defendía a los Hércules acaloradamente durante las sesiones de chistes en las que se embarcaban los pilotos militares de otros modelos más modernos.

—Es un salchichón con alas —bromeaban.

—En cambio, mira la línea tan elegante que tiene mi Starlifter —le decían.

—Pues para que lo sepan —contestaba él—, de no ser por estos «salchichones», en el Polo Sur no habría nada más que nieve y una bandera en un palo.

En sus pocos años de volar para Alaska Airlines nunca se le había pasado por la cabeza que algún día estaría aterrizando en el Polo Sur. Pero una mañana escuchó que el programa antártico necesitaba pilotos de la reserva de la Fuerza Aérea para estas misiones, las cuales coincidían con las vacaciones de la aerolínea. Cuando le avisaron que había sido aceptado porque su experiencia en regiones de hielo y su perfil psicológico encajaban a la perfección, Eric volaba entre San Francisco y Anchorage. Y las azafatas se lo contaron a los pasajeros, que habían armado un escándalo a bordo con todo y champaña en su nombre.

—¡Hey, Eric! Vientos 270 a 10, sin ráfagas, ¡tienes permiso para aterrizar! —casi gritó la voz femenina de la torre de control del Polo en sus auriculares. En realidad, la «torre» era una pequeña estructura móvil montada en esquís.

—Pista enfrente, desconectando el piloto automático, tengo el control —dijo él, pensando que éste era el único sitio del mundo donde las formalidades del intercambio entre la torre de control y la cabina no existían. Puesto que sólo había una pista, a la cual sólo llegaban los mismos Hércules procedentes de McMurdo todos

los días con los mismos pilotos, el ambiente era bastante familiar. Era como esperar al chico de los periódicos en su bicicleta.

Cuando los esquís tocaron la pista, levantaron nubes de nieve muy seca que envolvieron a la aeronave hasta que ésta se detuvo frente al operador vestido de amarillo que hacía las señales de tráfico. Dos vehículos de carga que parecían cajas rojas montadas sobre un sistema de ruedas al estilo de un tanque de guerra se aproximaron al avión por la parte trasera. La rampa de carga del Hércules se abrió en ese instante, y la tripulación comenzó a entregar contenedores de todos los tamaños a los choferes de los vehículos.

Después se abrió la puerta delantera y los pocos pasajeros que venían fueron guiados con señas hacia otros vehículos que esperaban a un lado. Zeta sabía la escena de memoria: los que trabajaban aquí todos los veranos desembarcaban como sintiéndose en su casa, felices de volver, y eran recibidos con abrazos y algarabía por sus compañeros de la temporada pasada. Aquellos que venían al Polo Sur geográfico por primera vez en su vida se bajaban desorientados del avión. Tenían una gran sonrisa congelada en la cara y estaban desesperados por tomar fotografías de lo que fuera. Se veían sumamente incómodos porque aún no sabían manejar bien su complicada vestimenta y se detenían a mirar en todas direcciones, sin caer en la cuenta de que a pocos metros detrás de ellos aún rugían las hélices del avión. Casi siempre había que llevarlos del brazo hacia los vehículos, mien-

tras se les explicaba pacientemente que los motores del Hércules no se apagaban en ningún momento porque el Polo era tan frío que era probable que no se pudieran volver a encender. Después había que explicarles que por eso mismo los aviones regresaban a McMurdo inmediatamente.

Zeta sabía que en este vuelo sólo venía una persona nueva. Era el ingeniero británico que había pedido ser invitado para estudiar la forma como la nueva estación de Estados Unidos se las arreglaba para no ser sepultada por la nieve, como sucedía en otras bases antárticas, incluyendo la de ellos. El papel de Zeta era recibirlo y ponerlo al cuidado de alguien que lo llevara a su habitación mientras ella verificaba el inventario de la carga.

«Afortunadamente, a -30°C , hoy no hace tanto frío, y se ve que éste tiene experiencia polar», se dijo Zeta viendo a Blake caminar resueltamente hacia el vehículo con un bolso de tela anaranjado en la mano. Tras unas breves palabras para recordarle que tomara mucha agua, porque a casi 3.000 metros de altura la planicie polar no era como estar en la costa, Zeta se encaminó hacia el avión y le hizo un gesto de saludo a Eric, quien seguía sentado en la cabina, detrás de unas gafas de vidrio azul reflectivo.

Eric le devolvió el saludo desde lo alto y le hizo un cómico puchero. Zeta sabía exactamente de lo que se trataba: Eric nunca había podido bajar del avión y visitar la estación, ni mucho menos quedarse un día en el Polo. Era irónico que él viajara hasta allí casi todos los días durante tres meses del año y que no hubiera pisado la

nieve del lugar por primera vez. Eric decía que era como si lo dejaran suelto dentro de una tienda de chocolates y cuando estiraba la mano para alcanzar uno, se encontraba con un vidrio. «Algún día lo harás», pensó ella, y él asintió, leyéndole los pensamientos.

Zeta sacó una lista del bolsillo de la parka y se dirigió hacia los vehículos de carga que se habían alejado del estruendoso ruido del avión. Estaban estacionados al lado de una de las muchas filas de cajas de madera que estaban ordenadamente asentadas sobre la nieve.

—¿Está todo, Mario? —le preguntó a un hombre que parecía llevar encima sólo la mitad de la ropa que los demás: overoles cafés claros y una chaqueta del mismo color. Se había quitado las gafas y el intenso resplandor del sol en la nieve tampoco parecía molestarlo.

—Creo que sí —dijo éste—. Están los últimos paneles de las paredes, toda la ferretería para el Ala B y la pintura para el interior del gimnasio. También llegaron cinco detectores para el observatorio de neutrinos IceCube. Los físicos se van a poner felices... Y todos los *snacks* que no llegaron la semana pasada están en este cargamento. Pero hay marcas de cereal y de galletas que no estaban en la lista, y en cambio otras que sí estaban pedidas no llegaron...

—Humm —dijo ella pensando en formas creativas de presentar los nuevos productos ante sus malcriados ciudadanos.

Un sonido como de trompeta chillona y algo desafinada, proveniente de una de las cajas, le hizo girar la cabeza abruptamente. Zeta lo reconoció en un instante.

—¿Es eso lo que me imagino? —dijo asombrada viendo que la caja tenía huecos a través de los cuales podía ver algo moviéndose—. ¡Pero no puede ser!

—Era lo que te iba a decir... y esa caja no está en nuestra lista. No tiene el nombre de la persona que la envió desde MacTown ni del destinatario aquí —se quejó Mario.

—¡Pero si este lugar es demasiado alto y seco para ellos! Y, ¿qué van a comer si aquí no hay mar?

Zeta abrió el guacal. Seis cabezas de terciopelo negro adornadas con una coma naranja en las mejillas y un elegante pico curvo la miraron con perplejidad. Eran seis pingüinos emperadores de un metro de alto, como vestidos de esmoquin. Y parecían tan sorprendidos de verla a ella como Zeta de verlos a ellos. Tenía que ser la primera vez en la historia que un pingüino pisara los 90° de latitud sur.

Parte de la lista de campamento para su distribución en dos trineos que serán jalados por tres personas:

Galletas «antárticas»

Pemmican [mezcla de carne molida y grasa]

Mantequilla

Sal

Té

Aceite

Velas

Licor

Lámparas de aceite

Fósforos

Carpa doble

Pala

Piolets o picos de alpinismo

Equipos científicos

Caja de primeros auxilios

Crampones [suelas metálicas con púas]

Esquís

Arneses

Cuchillo

Cocineta

Bolsas de dormir de piel de reno

Cuerda alpina

Peso total: 343 kilos

Apsley Cherry-Garrard, zoólogo y explorador antártico

Londres, 1922

